

Adrian el del estanco

miguel angel rodriguez

Image not found.

Capítulo 1

Desde el primer día que comencé a trabajar en el estanco de don Jaime Campany no he dejado de disfrutar haciendo lo que mas me gusta: observar a la gente.

No es que antes no lo hiciera, no, lo que ocurre es que desde el estanco es más fácil.

Antes de empezar a trabajar aquí me pasaba la mayor parte del tiempo metido en casa. Las pocas veces que salía, lo hacía con algún amigo o acompañando a mi padre, rara vez solo. Fuera de casa no podía evitar dejar de mirar a cualquiera que me llamase la atención y esto me causaba problemas.

Por ejemplo si se cruzaba en mi camino Pepe Benet, el dueño del concesionario de coches, me ensimismaba rebuscando en su atuendo. Viaja a menudo a Inglaterra y se compra ropa allí. De vez en cuando estrena alguno de esos jerséis de cachemira tan finos y de colores tan suaves y los ojos se me salen como imantados por los delicados pelillos casi transparentes de esa lana. Si ese era el caso, me olvidaba de que iba acompañado y desconectaba tanto que en muchas ocasiones, mi padre o mi amigo Juan, los dos igual de brutos, y con el mismo tipo de mano : cuadrada y maciza, me sacaban de mi estado con un porrazo en la espalda o un capón , seguido de un grito

.-Pero Adrian que coño te pasa, cada día estás mas atontando. ¿no me escuchas? ¿o que?

No era nada agradable que me expulsaran de mi deleite de esa manera tan brusca,. Me provocaban tal desasosiego que me pinchaba la boca del estomago como si tuviera un ataque de gases y no volvía a recobrar la calma en todo el paseo.

Desde el estanco no tengo esos problemas.

Me gusta mirar a la gente de arriba abajo, es mi pasión. Se que no está muy bien visto y que a veces parezco tonto pero no lo puedo evitar

Me quedo igualmente embobado con unos zapatos que pueda llevar doña Alicia , la mujer del notario (recuerdo especialmente unos de charol negro radiantes , tacón muy alto , abiertos por delante y con una moña morada en el empeine) o se me va la cabeza inventándome historias porque veo a un hombre por primera vez en el barrio sentando en el bar de Onofre tomándose un café a la una de la tarde sin quitarse la gabardina arrugada

y mirando a su alrededor con ojos cansados .

Así que donde mejor puedo practicar mi vicio sin que nadie me moleste es en el estanco Aquí miro la calle a través de la cristalera de la pared exterior que llega hasta el suelo y que va desde la puerta de entrada hasta justo detrás del mostrador de madera maciza. Detrás de éste me siento y me meto en mi mundo de observación sin sufrir perturbaciones, menos cuando entra un cliente y tengo que atenderlo, pero no son muchos y casi todos son gente conocida, del pueblo. Pocas visitas de fuera tenemos.

Don Jaime , propietario del estanco durante mas de cuarenta años algunas veces presumía en voz alta, de mantenerlo abierto mas por devoción a sus vecinos que por negocio. Decía ,sonriendo con ironía, que no quería dejarles sin tabaco.

La verdad es que don Jaime no necesitaba del estanco para vivir, tenía mucho dinero. Vivía en la mejor casa del pueblo, un chalet tipo palacete con jardín muy bien cuidado a la entrada, rodeado de una muralla abierta por huecos enrejados de hierro forjado en negro.. En la parte de arriba se ven tres figuras de piedra que representan animales, parecen leones, no se ven muy bien porque están algo desgastados.

Se dice que de joven se dedicó al contrabando de tabaco con su padre y hermanos. El era el pequeño de la familia, cuando murió con setenta y cinco años ya no le quedaba ninguno vivo.. Cuentan por aquí, historias de desembarco de cajas de tabaco rubio americano en la Playa de Calamocarro, dirigidas por don Jaime pistola en mano. Me lo puedo imaginar perfectamente, en todo momento, aún con edad avanzada, su perilla bien recortada , su corpulencia y sus andares firmes se le notaba que era un hombre de carácter. Lo gracioso es que siguió dedicándose al mismo negocio, a la venta de tabaco, aunque luego de manera legal, Al parecer don Jaime como ocurrió con otros contrabandistas de esta zona, estuvieron en la guerra civil del lado de los nacionales y les ayudaron a entrar por mar en todo el Levante.

Al terminar la guerra, fueron recompensados.

¡Que generosos, le pusieron un estanco i i Como si le hiciera falta!

Al menos le sirvió para darle un vuelco a su imagen y pudo blanquear todo el dinero que guardaba en su casa metido en maletas de cuero amarradas con correas y candados. Esto me lo comentaba mi madre que trabajó de sirvienta en su casa desde que era niña hasta que el cáncer se la llevó.

Pobrecita, cuanto sufrió en su enfermedad, con lo guapa que era, se quedó en nada. Su pelo moreno, largo y brillante quedó rapado y

blanquecino y parecía como si hubiese perdido altura, estaba al final arrugada y encogida.

Pero gracias a don Jaime todo fue mas soportable. La llevó a todos los médicos buscando una solución a su enfermedad, hasta a un hospital de Madrid en donde estuvo ingresada casi un mes. El estuvo todo el tiempo allí con ella, yo me quedé aquí con mi padre que seguía como siempre, o sea, ido. A mi padre parece no afectarle nada de lo que ocurra a su alrededor. Puede pasarse días enteros sentado en el sofá cama del salón de casa , que ya tiene un hueco mugriento en el lugar que él se sienta, mirando la tele sin decir una palabra. Solo las pocas veces que trabajaba, cuando don Jaime le encargaba alguna chapuza en su casa o le buscaba algo en la construcción, se le veía algo mas hablador, pero eso ocurría pocas veces.

Si no fuera por don Jaime, no se que hubiera sido de mi familia, hasta les pagó la boda y fue el padrino cuando mi madre se quedó embarazada de mi y se tuvo que casar.

Ahora don Jaime no está pero me ha dejado el estanco en herencia. Se portó conmigo mejor que muchos padres con sus propios hijos. Lo malo es que el sentimiento de culpabilidad que tengo por su muerte no logro quitármelo de la cabeza.

Por mucho que intente convencerme don Sixto, el párroco de San Juan de Dios, de que yo no tuve nada que ver, no puedo dejar de ver la escena de don Jaime echándose encima del atracador y cayendo inmediatamente al suelo soltando un chorro de sangre después de que sonase un tiro que me dejó los oídos taponados y un olor a pólvora que no se me fue en días.

Lo había acompañado como hacía cada tres días a la sucursal del Banco Popular donde ingresábamos la recaudación del estanco . Estábamos en la fila de la caja, solo teníamos delante a Fabián Fernández, el del taller de motos, que se estaba poniendo pesado discutiendo con la cajera sobre un recibo que le habían cargado y que no le correspondía, cuando entraron los dos individuos encapuchados con pasamontañas de lana azules, uno con una pistola y el otro con una escopeta recortada. Nos empujaron contra la pared mientras gritaban a Loli, la cajera que sacara inmediatamente todo el dinero. Yo me quedé fijo mirando la gabardina de uno de ellos, el de la pistola. Era la misma que llevaba el hombre que se sentaba en el café de Onofre en los últimos días. No tenía duda, beige sucio con un cinturón de hebilla que no se sostenía porque las trabillas últimas estaban descosidas y completamente arrugada por debajo de todo el tiempo que permanecía sentado con ella puesta. Cuando se dio cuenta que yo lo miraba de esa manera tan insistente, se volvió hacia mí y apuntándome con el arma y con la mano temblando, me dijo:

-¿ que miras tu?.

Se volvió enseguida hacia su compañero y con la voz quebrada por el pánico le dijo :

- ¡Me cago en Diós! El marica del estanco me ha reconocido.¿ que hago , me lo cargo?.

Había entrado alguna vez a comprar tabaco porque en el bar de Onofre no tienen máquina y se dio cuenta de que lo había identificado por culpa de mi forma de mirarlo. Pero no dio tiempo a mucho, en cuanto se dirigió hacia mí y me agarró por el pecho don Jaime se le echó encima. Después huyeron desordenados cuando vieron el cuerpo de mi benefactor en un inmenso charco de sangre oscura.

Y aquí sigo, sentado tras el mostrador mirando a la gente pasar sin poder contener mi curiosidad a pesar de lo que me pasó. Solo cuando llega algún forastero y entra al estanco me cuesta mirarle a la cara. Si estuviese don Jaime sería diferente, estoy seguro de que me diría, como me solía decir cuando me veía apocado, que no tuviese miedo por nada y que lo mirase a la cara. Pero yo no puedo.